

HISTORIA, CULTURA Y
LITERATURA EN LA ARGENTINA
DE ENTREGUERRAS:
El estado actual de la cuestión

Andrés Avellaneda
University of Florida

- SUR: A STUDY OF THE ARGENTINE LITERARY JOURNAL AND ITS ROLE IN THE DEVELOPMENT OF A CULTURE, 1931-1970.* Por John King. (Cambridge: Cambridge University Press, 1986. Págs. 232. \$42.50.)
- THE LAST HAPPY MEN: THE GENERATION OF 1922, FICTION, AND THE ARGENTINE REALITY.* Por Christopher Towne Leland. (New York: Syracuse University Press, 1986. Págs. 232. \$29.95.)
- SOCIAL REALISM IN THE ARGENTINE NARRATIVE.* Por David William Foster. (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1986. Págs. 159. \$12.00.)
- MAGAZINES AND MASKS: CARAS Y CARETAS AS A REFLECTION OF BUENOS AIRES, 1898-1908.* Por Howard M. Fraser. (Tempe: Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1987. Págs. 257. \$39.50.)
- LENGUAJE E IDEOLOGIA: LAS ESCUELAS ARGENTINAS DE VANGUARDIA.* Por Francine Masiello. (Buenos Aires: Editorial Hachette, 1985. Págs. 229.)
- EL IMPERIO DE LOS SENTIMIENTOS.* Por Beatriz Sarlo. (Buenos Aires: Catálogos Editora, 1985. Págs. 160.)
- UNA MODERNIDAD PERIFERICA: BUENOS AIRES, 1920-1930.* Por Beatriz Sarlo. (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1988. Págs. 248.)
- IRIGOYEN ENTRE BORGES Y ARLT, 1916-1930.* Coordinado por Graciela Montaldo. (Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1989. Págs. 462.)

La cantidad y calidad del trabajo crítico dedicado en los últimos años a examinar la producción cultural argentina de los años veinte y treinta plantean una primera cuestión, relacionada con el espacio geográfico donde ese trabajo se practica. Entendido el intelectual no como sujeto unitario dador de sentido sino como una entidad social y su discurso como un código producido institucionalmente en relación con otros códigos y otros discursos, se hace especialmente importante considerar el lugar desde donde se habla, los modos de articulación del discurso y del trabajo intelectual. De allí que sea necesario efectuar un primer

recorte para dirimir territorialmente el estado actual de los estudios literarios sobre la Argentina, separando al menos momentáneamente los que se desarrollan en la Argentina—en correlación plena con otros códigos y otros discursos allí generados—de los estudios literarios que se llevan a cabo fuera de ella. Sin embargo, una propuesta tal debe incluir por lo menos dos restricciones. La primera, para dar cuenta del fuerte parentesco que cierto trabajo crítico realizado fuera de la Argentina ha logrado mantener con la marcha de los discursos críticos elaborados dentro de ella (algunos proyectos—sobre todo el de la revista *Contorno* durante la década del cincuenta—lograron articularse efectivamente con la crítica joven de la Argentina a pesar del desarraigo forzado de muchos de sus integrantes). La segunda restricción se manifiesta en la situación de algunos investigadores no argentinos que producen fuera de la Argentina, pero cuyo trabajo crítico se inserta en zonas claves del efectuado dentro del país (los autores aquí considerados, más, entre otros, Jean Andreu, Daniel Balderston, David William Foster, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello, y Laszlo Scholz). Ambas restricciones acotan, pero en todo caso no invalidan, la propuesta de partir del estado actual del trabajo crítico realizado en la Argentina para obtener un modelo inclusivo que permita examinar el conjunto de la investigación en el campo.

Algunas peculiaridades del discurso crítico que empiezan a tomar cuerpo en la Argentina a mediados de la década del sesenta son cruciales para las condiciones de la crítica actual. Entre ese momento y los diez años siguientes se pasa en la crítica argentina desde la desconfianza en la fuerza del discurso crítico para modelar la sociedad a la creencia en el poder combativo del mismo; desde la autopercepción del intelectual como un rol prescindible en la sociedad a la apuesta de poseer como tal un puesto en la lucha por la liberación; desde el trabajoso esfuerzo por reunir los campos de la cultura y la política al convencimiento de que la distancia entre ambos puede ser eliminada y absorbida por una militancia que les es común.¹ Se llega poco a poco a la convicción de que hacer crítica es también hacer política. Apoyada en el contexto ideológico optimista de la Argentina de mediados de la década del setenta (un contexto que legitimó y propició la fusión del trabajo teórico-crítico con el del trabajo político) y vigorizada por un nuevo instrumental metodológico (sobre todo por la

1. La revista *Los Libros* (1969–1976) resume esta curva a lo largo de su colección. Aunque sus editores se proponen desde el primer número no hacer una revista “literaria” en sentido estricto, las colaboraciones demuestran una fuerte especialización teórica estructuralista, novedad metodológica de esos años. A partir del número 22 (1972), se añade el subtítulo “Para una crítica política de la cultura” y se intensifica el análisis de los discursos no literarios dentro de un esfuerzo de comprensión global de la cultura que implica su deconstrucción ideológica y un sentido de participación activa del intelectual visto como entidad social. Jorge Panesi ha analizado acabadamente esta etapa en “La crítica argentina y el discurso de la dependencia,” *Filología* (Buenos Aires) 20 (1985):171–95.

semiología y el análisis de los medios de comunicación), la crítica literaria alcanzó a principios de esa década el estatuto privilegiado de discurso destructor de otros discursos. Pero al mismo tiempo quedó tensada entre dos polos opuestos: por un lado, la seducción de un desarrollo teórico cada vez más complejo y especializado; por el otro, el llamado a participar ineludiblemente en lo político-social. Hacia 1974–75, cuando comienza la fase represiva que desemboca en el golpe de 1976–1983, este conflicto interior se constituye en una marca del discurso crítico, dificultosamente reelaborada en la Argentina de los militares y claramente presente en muchos de los trabajos que se publican a partir de 1983.²

El tironeo entre la especialización del discurso y la atracción hacia un lenguaje no separado y un público distinto del académico revela asimismo las conexiones con la etapa de *Contorno*, en cuyas páginas ya se empieza a quebrar la concepción del crítico como dador de sentido al reemplazar la “interpretación” de los textos por el trabajo con categorías explicativas apoyadas en lo social, lo económico, lo político.³ Con este modo de introducir la historia como categoría de análisis en la crítica literaria, algunos de los trabajos más lúcidos de *Contorno* generaban la posibilidad de un nuevo tipo de intelectual (privándolo poco a poco de la posesión elitista del sentido por medio de la sencilla operación de incluir su trabajo en una red de categorías compartidas por otras disciplinas que se apoyaban decididamente en metodologías de verificación). También ayudaron a diversificar el lenguaje crítico, abriéndolo a zonas más lábiles con el público no especializado. La “función social de la crítica” comenzó así a aparecer como un dato más del trabajo intelectual y no como una aspiración utópica. Desde un ángulo metodológico, la relación entre campos heterogéneos—entre arte y política, entre literatura e ideología—comenzó a partir de entonces a establecerse con firmeza en los estudios literarios argentinos.

Tres décadas más tarde, después del impacto del estructuralismo⁴ y de la clausura de los debates críticos impuesta por los militares, la crítica argentina se plantea con renovado vigor la búsqueda de un espacio intermedio para sí misma, un espacio situado entre los discursos de alta

2. En el material publicado en Argentina durante la dictadura militar de 1976–1983, este conflicto interior se puede verificar en la revista *Punto de Vista*, que publicó su primer número en 1978. La discusión de esa tensión interna en el trabajo realizado en el exilio aparece en muchos trabajos, por ejemplo, en la colección de Noé Jitrik, *La vibración del presente* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987). Para una síntesis de la cuestión desde la perspectiva del discurso crítico realizado después de 1983, se puede partir de las repuestas de Noé Jitrik, Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio y Jorge B. Rivera a la “Encuesta a la crítica literaria” de la revista *Espacios de Crítica y Producción* 7 (nov.–dic. 1988):18–26. Esta revista está publicada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

3. Sobre este “punto de viraje en la historia cultural argentina,” véase el trabajo de Beatriz Sarlo, “Los dos ojos de *Contorno*,” *Punto de Vista*, no. 4.13 (1981):3–8.

4. Es importante advertir que las condiciones específicas de la cultura argentina atenuaron considerablemente el impacto anti-historicista del estructuralismo. Adolfo Prieto analiza este aspecto en “Estructuralismo y después,” *Punto de Vista*, no. 12.34 (1989):22–25.

complejidad científica, por un lado, y las formas ideológicas de participación socio-cultural y la apertura de los discursos académicos, por el otro. En una misma línea con el viejo proyecto *Contorno*, pero ahora con un instrumental teórico más afinado y en una circunstancia epistemológica más favorable, esa búsqueda la lleva a privilegiar una mirada histórico-cultural para abordar la literatura y la induce a incorporar lecturas de los fenómenos culturales hechas desde disciplinas “ajenas” a la teoría y crítica literarias, como la historia de las mentalidades o la historia intelectual.⁵

No es de extrañar entonces que en los últimos años se hayan explorado “zonas de mezcla” donde el objeto de estudio se va recortando paso a paso como un cruce de discursos literarios y no literarios en que se aspira a recalificar la noción de referente (desde la crítica literaria) y la noción de literatura a la manera de documento ancilar (desde la historia o las ciencias sociales). Un segundo factor de importancia es la atracción por las primeras décadas del siglo veinte, donde se espera acaso hallar la clave de los enigmas contemporáneos.

Ambos aspectos, cruce de discursos y época escogida, definen el reciente libro *Irigoyen entre Borges y Arlt (1916–1930)*, tomo séptimo (y primero publicado) de la Historia Social de la Literatura Argentina dirigida por David Viñas y Eva Tabakián.⁶ En su introducción, Graciela

5. El registro de lecturas de la actual crítica literaria argentina incorpora trabajos como *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History* (1984) de Roger Darnton; *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism* (1978) de Hayden White; *The World, the Text, and the Critic* (1983) de Edward Said, y otras obras similares. Es constante el trasvasamiento desde la historia a la crítica literaria en la reflexión teórica. Véanse al respecto Beatriz Sarlo, “Clío revisitada,” *Punto de Vista*, no. 9.28 (1988):24–26; la reseña-ensayo que María Teresa Gramuglio e Hilda Sabato dedicaron a *José Hernández y sus mundos* (1985) de Tulio Halperin, “De la biografía como forma de la historia,” *Punto de Vista*, no. 9.26 (1986):16–22; o la crítica de los trece primeros episodios de la serie televisiva “Los gringos,” efectuada por Hilda Sabato y Beatriz Sarlo con el título “Historia y ficción,” *Punto de Vista*, no. 7.22 (1984):8–12.

6. Este tomo fue dirigido por Graciela Montaldo, quien además contribuyó una introducción y cuatro de los diecisiete capítulos (“Introducción: el origen de la historia,” “Polémicas,” “Borges: una vanguardia criolla,” “Literatura de izquierda: humanitarismo y pedagogía,” “El 7 de setiembre”). David Viñas escribió “Algunos protagonistas, nudos y crispaciones” y “Armando Discépolo: grotesco, inmigración y fracaso.” Los restantes colaboradores—incluyendo a Montaldo, pero a excepción de Viñas y de Adelaida Gigli (quien viene del grupo *Contorno* y es autora de “Martínez Estrada: oro y piedra para siempre”)—son representantes de la nueva generación de críticos y tenían al momento de la publicación del volumen entre treinta y cuarenta años de edad. Por orden alfabético: Raúl Antelo, “Cancela: humor, nacionalismo e historia”; Nora Domínguez, “Güiraldes y Lynch: últimos gauchos en familia”; Claudia Gilman, “Polémicas II”; Aníbal Jarkowski, “*El amor brujo*: la novela ‘mala’ de Roberto Arlt”; Carlos Mangone, “La república radical: entre *Crítica* y *El Mundo*”; Carlos Dámaso Martínez, “Horacio Quiroga: la búsqueda de una escritura”; Jorge Monteleone, “Lugones: canto natal del héroe”; Delfina Muschietti, “Mujeres: feminismo y literatura”; Alan Pauls, “Arlt, la máquina literaria”; Graciela Speranza e Isabel Stratta, “Gironde y González Tuñón: el vértigo de los viajes y la revolución.” El contenido de este volumen incluye “Cronología: hechos culturales,” “Bibliografía general” y “Bibliografía particular.” El plan general de la Historia Social de la Literatura Argentina, dirigida por David Viñas y Eva Tabakián, contempla la publicación de otros trece tomos para cubrir la literatura nacional desde 1536 hasta 1983 (el tomo XIV y último se anuncia como un *Diccionario de autores, obras, personajes*).

Montaldo, la directora de este tomo séptimo, sintetiza los criterios que orientan el volumen. Los años 1916 y 1930 tienen significación especial. En 1916 se pone en práctica por primera vez la ley del voto universal, secreto y obligatorio que lleva a Hipólito Irigoyen a la presidencia. En 1930 ocurre el golpe militar del general Uriburu. Estos años enmarcan el comienzo de un cambio decisivo: la clausura de un modo de apropiación de la cultura, el ejercido por el patriciado hasta principios del siglo. Según Montaldo, en este breve lapso proliferan los nuevos discursos y aparecen “las polémicas, la sátira, la parodia, los enfrentamientos, la canonización de nuevos héroes históricos y culturales” (pág. 26). Surge también un nuevo público, y los textos son monopolizados por el nuevo tópico de la “vida moderna” y de “lo nuevo.”

Al mismo tiempo, la ciudad (Buenos Aires) y la multitud se convierten en sujetos poéticos y se empieza a reconsiderar la oposición entre cultura “alta” y cultura “popular” en lo que va a ser la primera escaramuza por una redistribución diferente de los valores simbólicos. Como resultado inmediato de esto último, aparecen nuevos emisores sociales y otras literaturas escritas por mujeres y por o para proletarios. La expansión editorial y el periodismo de masas propician el fenómeno de la revista literaria y el “género” de la polémica intergrupala. Los diferentes capítulos del volumen se apoyan en estos signos del cambio, y también en los “cruces de coordenadas” de que habla Viñas en su “Presentación: algunos protagonistas, nudos y crispaciones”: la oposición entre Leopoldo Lugones y José Ingenieros en el momento de los “orígenes liberales del antiliberalismo de derecha” (pág. 10), o el desplazamiento del centro de gravedad literario hacia la clase media.

De esta manera, la década del veinte es examinada desde ángulos no ortodoxos: las polémicas y los premios literarios; las revistas, folletines y suplementos culturales; los editoriales periodísticos y los pronunciamientos sectoriales posteriores al golpe del 6 de setiembre; la literatura escrita por mujer y la literatura de izquierda. En el caso de las grandes figuras claves, la atención se dirige hacia la intersección de los discursos (el cruce en Lugones de su discurso poético con su discurso político, como modelo operativo del autoritarismo), o la paradójica eficacia discursiva de una ineficacia narrativa (el despliegue de valores opuestos a los de la ideología dominante en 1932, tal como aparece en *El amor brujo*, la novela “mala” de Roberto Arlt).

Esta mirada histórico-cultural es característica de la actual crítica

Aunque los autores del volumen séptimo constituyen una muestra representativa, sus nombres no agotan el cuadro de la joven crítica argentina. Habría que agregar los de Jorge Warley, Sergio Chejfec, Mónica Tamborenea, Omar Borré, Roberto Ferro, Alfredo Rubione y Graciana Vázquez entre otros críticos que publican regularmente en las páginas de revistas como *Babel: Revista de Libros, Espacios de Crítica y Producción* o la recientemente creada *sYC*, dirigida por Noé Jitrik.

literaria argentina. También lo es en este libro la etapa escogida para el análisis, marcada por tensiones y esperanzas modernizadoras y por la creencia en un *ab ovo* que reemplazaría el pasado, una etapa que muy pronto fue cancelada por la restauración conservadora, bajo cuyo peso se escriben los grandes ensayos de exploración del "ser nacional": *Radiografía de la pampa* y *El hombre que está solo y espera*. Las correspondencias con la época actual se pueden establecer no sólo en un plano de analogías históricas casi obvias (los críticos nacidos entre 1935 y 1960 asisten a situaciones y fracturas comparables con las de la década del veinte y del treinta). También es posible tender puentes entre ambas épocas respecto de experiencias comunes con culturas de mezcla, con cruces de discurso, con incertidumbres sobre la definición del lugar que les corresponde a la literatura y a los escritores en el campo de la cultura y de la sociedad, con varias dicotomías cuya primera discusión *moderna* se plantea en la Argentina de los años veinte (localismo y cosmopolitismo, nativismo y urbanismo, regional y nacional, arraigo y desarraigo, lo popular y lo culto, las elite y el pueblo, etc.).

Así, cuando Beatriz Sarlo dedica *El imperio de los sentimientos* a examinar la novela popular consumida en los años veinte por mujeres, adolescentes y jóvenes de sectores medios y proletarios (en increíbles tiradas para la época de doscientos mil ejemplares y sucesivas reimpressiones), su interés se concentra en la "densidad de campo" donde conviven, sólo aparentemente sin tocarse, los cambios ideológicos y estéticos de la vanguardia con las formas ancladas en el pasado, sin peso estético, propias de esas narraciones desprestigiadas. Porque según demuestra Sarlo, aunque se sepa con certeza que resulta "difícil imaginar un lugar donde pudieran haberse cruzado *El tamaño de mi esperanza* de Borges con *La Novela Semanal* o *La Novela del Día*" (pág. 9), existieron sin embargo conexiones visibles entre las anticuadas formas de esta literatura popular y ciertos rincones marginales de la "alta" cultura literaria donde esas formas aún eran practicadas. El análisis de Sarlo tiende precisamente a dar cuenta del espesor y la complejidad del sistema cultural-literario. Son los "cruces de elementos de diferente temporalidad y procedencia" los que en última instancia hacen que estas narraciones ingresen legítimamente al análisis de las "formas culturales complejas de una sociedad como la argentina en un período de modernización rápida" (pág. 17).

La misma hipótesis de cultura de cruce o de mezcla para dar cuenta de la densidad semántica, de la convivencia de elementos contradictorios (lo residual junto a lo renovador, lo criollo-tradicional junto a la importación de estéticas y discursos) le sirve a Sarlo en *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930* para examinar como clave de la época el sistema de respuestas literarias y culturales al impacto del proceso transformador urbano de los años veinte y treinta. La hipótesis de mezcla está espejada en el cruce de los varios enfoques empleados por Sarlo para su análisis: la

indagación semiótica de la publicidad y el examen demográfico de Buenos Aires; el estudio del discurso poético, narrativo o pictórico; la estética de la recepción y los datos de la biografía. En la introducción, Sarlo categoriza su libro por medio de la ausencia misma de un centro categorial: "No sé a qué género del discurso pertenece este libro: si responde al régimen de la historia cultural, de la *intellectual history*, de la historia de los intelectuales o de las ideas" (pág. 9). *Una modernidad periférica* es, precisamente, un fascinante intento de explicar con coherencia lo que ha sido visto u ordenado previamente como antagónico, o puesto en series paralelas que no se tocan. De esta manera, por ejemplo, el "criollismo gaucho" de Güiraldes sirve para delimitar y definir el "criollismo urbano de vanguardia" de Borges. Lo cual permite a su vez explicar más adecuadamente la opción borgeana de las *orillas* (frente a las dos ofertas posibles en su época: el gaucho o el ser urbano del Buenos Aires en crecimiento) como una estrategia intelectual para lograr la universalidad. Sarlo apunta que este logro, en Borges, consiste en colocarse astutamente "en los márgenes, en los repliegues, en las zonas oscuras de las historias centrales. La única universalidad posible para un rioplatense" (pág. 49).

El reciente trabajo crítico realizado por investigadores no argentinos fuera de la Argentina se ha articulado muchas veces con esa mirada histórico-cultural sobre el objeto, tan frecuente en la crítica argentina de los últimos años. En su espléndido estudio *Lenguaje e ideología: las escuelas argentinas de vanguardia*, Francine Masiello estipula como premisa de análisis que los diversos lenguajes vanguardistas practicados en la Argentina no se pueden evaluar simplemente en razón del parentesco que poseen con los modelos europeos. Para entenderlos, señala, es necesario referirlos ante todo a las circunstancias que imponen la historia y la sociedad argentinas respecto de la constitución del sujeto escritor, de su autoimagen, de la búsqueda de poder a través de los discursos, del conflicto planteado entre la ilusión de que el sujeto produce el significado y la percepción de que ese sujeto queda finalmente sometido a una autoridad que le es ajena. Fiel a este postulado, Masiello se dedica a explorar la historia intelectual que lleva a la vanguardia, desde los primeros intentos de profesionalización hacia 1880–1890, cuando escritores como Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones o Manuel Gálvez monopolizan la autoridad y contribuyen al proceso de formación de una clase intelectual que desea e intenta reconstruir la autoridad pública perdida. En la década del veinte, según Masiello, ese proyecto se concreta en prácticas literarias que muestran más acusadamente tanto la búsqueda del poder como el conflicto entre un sujeto ilusorio y magnificado, productor de sentido, y un sujeto que se percibe a sí mismo sometido a la autoridad que le es ajena. Los textos que Masiello selecciona para su análisis contribuyen a formar un mundo literario donde diversos estilos y discursos convergen efectivamente en una clave que da sentido unitario a las técnicas y estrategias de

los diferentes lenguajes de vanguardia, proporcionando continuidad histórico-cultural a lo que muchas veces se ha preferido presentar sólo como un fenómeno de ruptura.

En su libro *Sur: A Study of the Argentine Literary Journal and Its Role in the Development of a Culture, 1931–1970*, John King encuadra su análisis en el campo de interacciones entre el contexto histórico mundial y argentino y el desarrollo interno de *Sur* como publicación y como grupo de referencia y adscripción a lo largo de los casi cuarenta años de vida de la revista. La disciplina que domina el libro de King es pues la historia literaria: cómo se ubica la revista en las tendencias de la literatura argentina del siglo diecinueve y de principios del veinte, y cómo las reelabora y las modifica. Sobre todo durante sus primeros treinta años, *Sur* definió el tono de la literatura y de la cultura argentinas. Sus posiciones estéticas e ideológicas monopolizaron los debates intelectuales hasta el punto en que, como señala King acertadamente, “all other forms of cultural expression can be defined by their adherence to, or disagreement with, its central premises” (pág. 2). Buena parte del volumen está pues dedicado a la historia intelectual del grupo *Sur*, a ubicar a los escritores del grupo en su contexto social e ideológico y a identificar la autopercepción del grupo, sus ideas acerca de su identidad y de su función en la cultura argentina.

Apoyándose en una lectura detallada y certera de la colección y de su extratexto, King aísla ciertos factores que ayudan a su juicio a ordenar la heterogeneidad del material analizado. Si bien el grupo insistió en el apoliticismo de la revista o en la falta de censura o filtro ideológico (con mayor impacto cuando lo hizo por boca de sus integrantes más destacados, como Borges o Sábato), lo cierto es, como lo prueba King, que *Sur* tuvo sus raíces ideológicas en la tradición del liberalismo aristocrático decimonónico. Era un tipo de liberalismo que el grupo asumió a la defensiva en el momento de la fundación de la revista, cuando proliferaban los regímenes nacionalistas y autoritarios. Según King la revista adoptó la estrategia de defender el liberalismo invistiéndolo de atemporalidad, ubicándolo—por encima y más allá de la política concreta—en un nivel puramente cultural. *Sur* prefirió no apoyar ningún movimiento político específico, reservándose en cambio una “tercera posición” intelectual para desempeñar el papel de mediador entre facciones opuestas, un *au dessus de la mêlée* privilegiado. De todos modos, tomó posiciones concretas al oponerse, directa u oblicuamente, al clericalismo profascista argentino durante la guerra civil española, al nazismo y al comunismo, al peronismo y la revolución cubana, aunque no tan claramente como quiere King, a la corrupción de la “década infame” (pág. 199).⁷

7. Véase un exhaustivo análisis de la cuestión en María Teresa Gramuglio, “*Sur* en la década del treinta: una revista política,” *Punto de Vista*, no. 9.28 (1986):32–39. Gramuglio con-

A pesar de que la revista reclamó para la literatura un estatuto de incontaminación que demostrara en última instancia la superioridad del arte sobre la vida, no dejó de someter a aquella a varios condicionamientos específicamente censorios. *Sur* creyó con firmeza que lo literario era inaccesible a las masas y que, por lo tanto, la cultura debía descansar sobre los hombros de unos pocos. Los escritores marxistas fueron excluidos sistemáticamente; el realismo social fue ignorado por completo; la literatura latinoamericana casi no existió para la revista.

Pero puesto a definir este lugar ideológico de *Sur*, King no cayó en el esquema simplificador de defensa o de ataque cerrado que caracterizó a buena parte de la crítica sobre la revista (acción civilizadora y universalismo versus europeísmo y extranjerismo, entre otras dicotomías). También evitó emplear automáticamente o con fines maniqueos los modelos de la teoría de la dependencia o del subdesarrollo. Esta ponderación del juicio crítico, lo exhaustivo de su aparato crítico y la aspiración permanente hacia la objetividad y la verificación textual y extratextual, convierten a su libro en el mejor estudio de conjunto hasta la fecha sobre *Sur* y su rol histórico-cultural en la Argentina.

El libro de Howard Fraser también está dedicado a una revista, en este caso la célebre *Caras y Caretas* en su primera década de existencia (1898–1908). Fraser concibió *Magazines and Masks: Caras y Caretas as a Reflection of Buenos Aires* como una presentación de la ciudad en su “Belle Epoque,” cuando su población se quintuplica, se modernizan sus medios de transporte y se modifica su plan urbano. Es una época cuando—precisamente por obra de publicaciones como la analizada—comienza un nuevo periodismo gráfico, ágil y de cobertura de actualidad que lleva a la revista a asombrosas tiradas de más de cien mil ejemplares a fines de 1908. La introducción de Fraser presenta estos aspectos, encuadrándolos en una historia de la cultura popular que empalma, por ejemplo, con el período cubierto por *El imperio de los sentimientos* de Sarlo. *Masks and Magazines* incluye cuatro útiles índices dedicados a listar por autor los textos en prosa y la poesía, los folletines, otras revistas mencionadas, y las existencias de *Caras y Caretas* en bibliotecas universitarias estadounidenses. El resto del volumen lo ocupa una cuidada antología organizada temáticamente, con breves introducciones explicativas para cada sección.

Christopher Leland también se propone un enfoque histórico-

cluye que “durante esos años no hay en *Sur* prácticamente ninguna referencia a la situación política nacional, que distaba mucho de encuadrarse en los parámetros democráticos de respeto por las libertades públicas y los derechos civiles que la prédica de la revista sostenía. Las persecuciones, represión y violencia ejercidas sobre los ciudadanos argentinos por la dictadura de Uriburu y los gobiernos conservadores del fraude no fueron jamás objeto de crítica, y ni siquiera la prisión de un intelectual prestigioso como Ricardo Rojas fue denunciada en sus páginas” (pág. 39).

cultural para abordar la literatura de los años veinte en *The Last Happy Men: The Generation of 1922, Fiction, and the Argentine Reality*. Así lo explica en su prefacio: “the most basic function of this book is as literary history, that necessary initial survey of a particular era. . . . Given this, it will be necessary in what follows to recapitulate a certain amount of purely historical, economic, and social data, so as to indicate how particular works speak uniquely for and from the age of their production” (pág. ix). Esa metodología se combina en la penúltima parte del libro con elementos de crítica psicoanalítica freudiana, orientados empero a converger con la historia: “Not the least of my purposes here is to demonstrate that, in literature, the appearance of or emphasis upon certain psychological states or concerns may be historically influenced” (págs. ix-x).⁸ Leland hace dos observaciones sobre lo que declara el título de su investigación (*men, fiction*) que van un poco a contrapelo de las investigaciones recientes en el campo. Aclara que su libro no incluye escritoras porque su presencia fue mínima en la generación de 1922 (págs. x-xi), y justifica la exclusividad del género narrativo como objeto en razón de un mayor peso estético en la época: “in spite of the vast amount of poetry turned out by Boedo and Florida, the Generation of 1922 produced no monumental work in that genre. . . . In fiction, conversely, there appeared works distinct from any that had come before” (págs. 45-46).⁹

La primera parte de *The Last Happy Men* está dedicada a sintetizar los datos de la historia desde la caída de Rosas hasta la primera presidencia de Irigoyen, y a repasar la tradición literaria previa (Lugones, Gálvez, Hugo Wast, Benito Lynch, Horacio Quiroga, Roberto Payró) y los cambios introducidos antes de los años veinte por el crecimiento del público lector, del periodismo y de revistas literarias como *Nosotros*.

8. Este enfoque, que Leland denomina “psicocultural,” se basa en su concepción del texto literario como resultado de un proceso de doble dialéctica realizado cuando el escritor, síntesis de su propia historia personal y de la historia de la época, vuelve a enfrentarse con la historia. Leland cree que una metodología interdisciplinaria e interteórica puede ayudar a clarificar el texto mismo y también su recepción tanto durante su primera publicación como después de ella (el problema planteado por la seducción transhistórica de algunas obras o por la importancia cíclica que tienen otras en la historia): “By linking the appearance of a particular psychological motif to the dominant economic relations within a particular society; by seeking a possible tie between a recurrent and apparently arcane image and the history not only of certain authors but also of their class or nation, we may gain insight into the appeal of specific literary works” (pág. x). Desafortunadamente, Leland no cumple luego en su libro este promisorio programa de análisis.

9. La escritura de mujer plantea en primer lugar, y sobre todo en la época analizada, la cuestión de la transmisión y, conectada con ella, el problema del uso de géneros y medios no tradicionales (no masculino-patriarcales). Completan el vacío dejado en el libro de Leland trabajos como el de Delfina Muschietti, “Mujeres: feminismo y literatura,” en Montaldo, *Irigoyen entre Borges y Arlt, 1916-1930*, 129-60; y el de Francine Masiello, “Texto, ley, transgresión: especulación sobre la novela (feminista) de vanguardia,” *Revista Iberoamericana*, nos. 132-33 (1985):807-22. La subordinación de la poesía de los años veinte es asimismo discutible, a juzgar por la obra de Oliverio Girondo, Jorge Luis Borges y Raúl González Tuñón.

En la segunda parte, Leland presenta brevemente el Buenos Aires de la presidencia de Marcelo Torcuato de Alvear (la zona de análisis que provocó la investigación de *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, de Beatriz Sarlo). También pasa revista a los dos movimientos claves del período: Florida (con sus revistas *Prisma*, *Inicial*, *Proa*, *Martín Fierro*) y Boedo (con la colección *Los pensadores*, la revista *Campana de Palo* y la revista-editorial *Claridad*). Esta segunda parte se cierra con un capítulo dedicado a seis libros de relatos considerados “a representative sample of the prose of the young generation”: tres títulos adscriptos al grupo Florida, *Aquelarre* (1927) de Eduardo González Lanuza (acaso la prosa más vanguardista del movimiento), *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926) de Eduardo Mallea, *Tangos* (1926) de Enrique González Tuñón; y tres libros pertenecientes al grupo Boedo: el anarquista *Tinieblas* (1923) de Elías Castelnuovo, los cuentos didácticos para adolescentes de *Ta-Te-Ti* (1928) escritos por Alvaro Yunque y la novela *Royal Circo* (1930) de Leónidas Barletta.

La tercera parte examina tres obras: *Cuentos de la oficina* (1925) de Roberto Mariani, *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes y *El juguete rabioso* (1926) de Roberto Arlt. Es la porción más ambiciosa del libro y también la más discutible, porque el vuelo de la interpretación psicoanalítica aterriza muchas veces en un vacío de datos o resbala sobre la superficie implacable del sentido común. Leland acierta al resumir *Cuentos de la oficina* en la clave de la represión política, económica, social, sexual y espiritual, pero para relacionarlo con el contexto amplio de una sociedad dominada por un poder absentista (Europa, Inglaterra), no es necesario apelar al juego de significados establecido por Freud en *Totem y tabú*. Otras veces el análisis se resiente por un uso extremadamente libre de la terminología (el concepto de “símbolo,” por ejemplo, puente de traspaso demasiado vago entre categorías textuales, o entre éstas y el referente extratextual). Y por cierto pierde credibilidad el análisis cuando afirmaciones de alto voltaje interpretativo se apoyan en estudios sociológicos de escaso valor científico.¹⁰

Social Realism in the Argentine Narrative de David William Foster, una

10. Algunos ejemplos, entre otros: según Leland en la novela de Arlt, el deseo imposible de transformarse en mujer que experimenta el joven homosexual con quien se encuentra el protagonista Silvio “perhaps symbolizes the unattainability of any transformation, the impossibility of Silvio’s ever integrating himself with the ‘Argentine father’” (pág. 113). La renegada del traicionado, el Rengo, “does good service symbolically—the nation’s traditional self, in the 20th century, has been lamed” (pág. 114). La exigencia, en la novela de Güiraldes, de que la promiscuidad de una mujer sea una mancha de honor que deba ser vengada, es un tema que “results, of course, from the Argentine social vision, not only the rural but the urban one” (pág. 129). Esta afirmación sobre una práctica cultural concreta se remite a una fuente de validez científica dudosa como es el libro de divulgación *Psicología de la viveza criolla: contribuciones para una interpretación de la realidad social argentina y americana* (Buenos Aires: Editorial Americalee, 1965), de Jorge Mafud.

clásica monografía universitaria, parte cronológicamente de donde termina el estudio de Leland. El objetivo de Foster—"to undertake a reassessment of the novel of social realism in Argentina during the years 1930–1950" (pág. 11)—está planteado a conciencia de la falta de estatura estética y de reconocimiento internacional de las obras consideradas, pero con el convencimiento que es necesario ubicarlas dentro de una línea de continuidad con la literatura de compromiso social tanto mundial como argentina. Otros factores justifican según Foster un estudio como el suyo: lo que él ve como un vacío de investigación entre la multitud de trabajos dedicados a los años veinte, en un extremo, y al "boom" narrativo de los años sesenta, en el otro (pág. 12); el prejuicio crítico contra el realismo social, que lo habría marginado como objeto de estudio (pág. 18 y 22); el cambio que se percibe en la teoría crítica del "postboom" y en la nueva estética narrativa, desdeñosas ambas de la antigua distinción entre lenguajes artísticos y no artísticos (pág. 157). También hay que incluir en estas justificaciones la saludable convicción que posee Foster acerca del valor estético intrínseco de las obras del género, en contradicción con mucho de la opinión crítica prevaleciente: "The working assumption of the investigation has been that the novels possess a literary interest more important than the merely historical" (pág. 20). De acuerdo con esta premisa, los análisis que Foster encara en este libro dan abundante cuenta de las estrategias retóricas de los textos.

El corpus seleccionado—"a highly selective inventory of works"—consiste de trece obras: diez novelas, dos colecciones de cuentos y un ensayo, publicados entre 1931 y 1949.¹¹ No se entiende bien el por qué de los límites cronológicos establecidos. Si bien 1930 y el golpe de Uriburu son un *ab quo* razonable, no lo es tanto el año 1950, que está bastante antes del "collapse of Peronismo" que Foster señala como dato de cierre (pág. 20). *Social Realism in the Argentine Narrative* está dividido en tres secciones o partes, más una introducción y unas conclusiones. La primera de ellas comprende obras que cumplirían, según Foster, el requisito de mostrar cómo es vista la sociedad argentina por sus autores. La segunda incluye textos que presentan individuos que desarrollan una conciencia crítica

11. Las novelas escogidas por Foster son *Larvas* (1931) de Castelnuovo, *Madre América* (1935) de Max Dickmann, *44 horas semanales* (1942) de Josefina Marpon, *Puerto América* (1942) de Luis María Albamonte, *La ciudad de un hombre* (1943) de Leónidas Barletta, *El río oscuro* (1943) de Alfredo Varela, *Lago Argentino* (1946) de Juan Goyanarte, *Reina del Plata* (1946) de Bernardo Kordon, *En esos años* (1947) de Bernardo Verbitsky y *El pueblo* (1949) de Carlos Ruiz Daudet. Los libros de cuentos son *No hay vacaciones* (1935) de Alvaro Yunque y *Tercera clase* (1943) de José Rabinovich. El ensayo es *El hombre que está solo y espera* (1931) de Raúl Scalabrini Ortiz, cuya inclusión justifica Foster por el peso literario del tipo creado en esa obra (el "Hombre de Corrientes y Esmeralda") y por las alusiones del autor a una novela (nunca publicada) que planeaba a partir de ese tipo y de los temas de su ensayo. Menos convincente es una tercera razón para incluirlo: "a belief in the virtues of structural asymmetry" (pág. 23).

sobre su sociedad. La tercera incluye aquellos textos donde es más visible el realismo social como programa.

El problema de esta organización es que algunas obras podrían migrar de uno a otro grupo con facilidad. Por ejemplo: el modo como es vista la sociedad argentina por los narradores, ¿no podría aplicarse como criterio clasificatorio también a las otras dos secciones y no sólo a la primera de ellas? Mayor complejidad presenta la cuestión de definir el concepto de realismo social. Al principio, Foster acepta la definición clásica: "Social realism as defined by this study may be properly limited to a group of authors who wrote in the 1930s and 1940s, inspired in various ways by the Russian revolution, Soviet communism, international Marxism, and the need to respond critically. . ." (pág. 14). A medida que avanza en su investigación, y de acuerdo con su principio de rechazar la teoría de la obediencia de las literaturas a modelos subordinantes, Foster se ve llevado a modificar así su definición inicial: "As a consequence, I have tried in this study not to insist on the need to define social realism in terms of Soviet aesthetics or in terms of highly prized English-language models. Rather, my use of the designation 'social realism' is intended only to recognize that in Argentina . . . there is a block of writing that responds to a generalized Western commitment . . . to deal with the related issues of the identification of marginal social groups and the need for social justice" (págs. 157-58). Esta segunda y más amplia definición da mayor flexibilidad al corpus de Foster. A pesar de ello, es visible cierta incomodidad suya con el problema clasificatorio en las frecuentes justificaciones que añade al final del análisis de cada obra para filiarlas al realismo social en sentido estricto (véanse págs. 49, 65, 89, 90-91 y 155). Hechas estas salvedades, queda en pie al menos una contribución importante que hace *Social Realism in the Argentine Narrative* al examen de la época: haberse encargado de desempolvar la factura literaria de los textos que analiza, muchas veces desdeñada por una crítica obsesionada solamente por los contenidos.

El trabajo crítico aquí examinado señala la existencia de una integración teórica y metodológica comprobable entre la crítica de la Argentina y buena parte de la realizada fuera de la Argentina. Sin renunciar a sus propios planes de trabajo intelectual, muchos investigadores no argentinos armonizan, de diferente manera, objetos de estudio y ángulos de mira con una zona central de los estudios literarios realizados en la Argentina. En este sentido puede decirse que es factible un "diálogo de culturas." Queda en pie, pero fuera del objeto inmediato del presente análisis, la cuestión de la audiencia de ambos cuerpos críticos, el del trabajo realizado en la Argentina y el del efectuado fuera de la Argentina. En otras palabras, la cuestión del lector real en ambos corpus y los modos en que ese lector real se relaciona con el lector hipotético que puede ser extrapolado del rol del lector que postulan los textos críticos de ambos

corpus. Aun cuando es posible hallar objetivos similares en los dos cuerpos críticos, la idiosincracia de los lectores reales e hipotéticos específicos introduce una diferencia decisiva: la que se conecta con el problema de la circulación de los discursos y, en última instancia, con la cuestión central del poder en que se inscriben esos discursos.